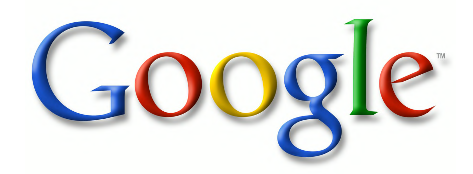



SAL
5163
1.3

# Raul



F. Contreras V.

MCMII

# Raul

## OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADA:

ESMALTINES *(líricas)*

POR PUBLICAR:

EL PUÑAL ANTIGUO *(poema)*
FANTASIAS
CUENTOS IDEOLÓGICOS
FRESIA *(poema)*





FRANCISCO CONTRERAS V.

—

# Raul

—

Poema

Preliminar sobre el Arte Nuevo



SANTIAGO DE CHILE

Libreria é Imprenta del Progreso

Ahumada, 50

—

MCMII

# Preliminar

## EL ARTE NUEVO

ARTE LIBRE=ARTE SINCERO

*No sé por qué extraña aberración en tratándose de arte moderno se habla de artificialidad y decadencia, de intromición de un arte en el dominio de otro, de neomisticismo, de egotismo, de* snobismo, *de todo, menos del verdadero espíritu que informa este arte inquieto, refinado, vibrante: la Libertad, la suprema libertad.*

*Cualidad del genio artístico en todos los tiempos ha sido el rehuir la limitación de los modelos y de los dogmas para dar ámplio vuelo al ave de fuego de sus sublimes concepciones; toda vez que las escuelas no han sido más que un resultado de sus ideas, adoptadas en abstracto por talentos de segundo orden: sus seguidores. El Romanticismo, en la edad moderna, vislumbrando que el Arquetipo y el Canon absolutos son falsos por contrarios á la ineludible ley de la evolución y á la relatividad de los temperamentos, empezó abiertamente el movimiento de la completa liber-*

*tad del Arte. El Naturalismo, en seguida, avanzó un segundo paso, aboliendo los convencionalismos y las formas hechas en el estilo, que venían haciendo de los artes algo así como una cadena de círculos concéntricos. Recordad* L'Inmortel *de Daudet. Pero fué la juventud francesa fin del siglo pasado la que proclamó* oficialmente, *el imperio supremo del Arte Libre sin límites ni restricciones. Jean Moréas, el paladín de la cruzada. Actualmente el reconocimiento de la libertad artística es un hecho en todas las tendencias, aún en las más opuestas, de las literaturas cultas: en el anárquico Simbolismo parisiense, en el Ibsenismo profundo y paradójico, en las ideas de los llamados «Jóvenes Alemanes» y hasta en el austero Tolstoismo, puesto que el Conde artista poco tiene que ver con el Apostol crítico.*

*Asentado el pleno triunfo del Arte Libre, como una necesidad del espíritu moderno, tras la comprensión de la esterilidad de todos los sistemas de Estética, desde el de Platón hasta el de Taine, y de todas las escuelas, desde el Clasicismo hasta el Medanismo, el problema artístico, que tanto ha dividido las opiniones en los últimos siglos, queda reducido á esta compresión sencillísima: «Libre desarrollo del temperamento creador.» Que es*

*en esencia la idea de Remy de Gourmont. Esto es, completa amplitud de acción en el modo de ser íntimo de cada artista para la acabada gestación de la obra. No de otra manera que la flor ha menester aire y luz para entreabrirse gallardamente hacia el azur. De lo cual se desprende que la creación más artística será aquella que sintetise más fielmente, más intensamente, más sinceramente, en una palabra, el temperamento que la informe. Y que la obra de reflejos, esa especie de plagio que pretende confundirse con la asimilación, tan en boga entre los adocenados, es ciertamente la más completa negación de arte. Y aquí la razón de mi fórmula, que sirve de epígrafe á estas líneas:* Arte Libre = Arte Sincero. *La pretendida obscuridad de la literatura nueva, que tanto espanta á los timoratos, es también un lógico resultado de la sinceridad artística: pues si es verdad que uno «siempre es complicado para sí mismo», será más sincero quien más vagamente, es decir, tal como están en su alma, vierta en el vaso de oro de la forma sus emociones. De lo que resulta que, si no á primera vista comprensible, esta factura, sugiriéndolo todo, será siempre sentida. La emoción por la sugestión. Tales, las ideas de Stepham Mallarmé. Otra consecuencia del Arte Libre en extremo* dificultosa,— *á mi ver, lo que más*

*enemigos le ha suscitado—es la «exclusión de las medianías», que dice Gourmont. Evidentemente. No existiendo ya el patrón del arquetipo ni el marco hecho del canon y, no quedando otro criterio ó regulador que ese como tino del talento (del temperamento, dice Mario Pilo) que se llama Gusto, los artistas mediocres, sin punto de apoyo exterior ni interior, se perderán irremisiblemente en las sombras insípidas de las extravagancias sin trascendencias: y el cañamazo abigarrado de sus obras, que podría haber parecido correcto encuadrado en el esqueleto de la forma clásica, dejará traslucir fácilmente los resortes de alambre del artificio y la falsificación.*

*Si bajo la razón de la libertad del Arte todas las escuelas, como entidades dogmáticas caen por inútiles, sus ideas todas son perfectamente aceptables como tendencias individuales del temperamento. Así el Idealismo, Subjetivismo y Arte por Arte serán propicios á los temperamentos reconcentradas, soñadores, enfermisos ó que toman sus inspiraciones del mundo interior, en tanto que el Realismo, Objetivismo y Arte Humanitario serán excelentes para los temperamentos observadores, altruístas ó que toman sus inspiraciones del mundo exterior. Y no os admiréis. Hay más aún. Si se considera con espíritu li-*

*bre y diferenciador, todas estas tendencias, tan divergentes al parecer, en el Arte Libre se concilian y hasta se confunden maravillosamente. Vedlo. Si el artista ha de ser siempre idealista por cuanto la creación es tansolo el resultado de una emoción anímica é individualista, puesto que debe formar una personalidad idiosincrática, (dígalo Nietzsche) y seguidor del arte puro ya que bastará á conmoverle cualquiera manifestación de belleza; podrá ser también realista si su emoción es un resultado directo del mundo exterior, y objetivista si su personalidad le permite ver el vida no trastornada por sus estados de ánimo, y hacedor de arte humanitario si, para difundir sus ideas, elige los temas de que mejor se desprenda ese aforismo moral ineludible á todo fenómeno humano. Ejemplos: Hauptmann, D'Annunzio, Ibsen, Coloma. De aquí que la obra más perfecta sería aquella que sintetisase todas las tendencias, todas las ideas, todos los sentimientos, es decir la obra que crease un temperamento universal. Esta es una ídea mía. Pero, qué otra cosa significa, bien entendida, la teoría de la «Sugestión Universal» de Charles Morice?*

*Empero acaso se me arguya que el Arte Nuevo, además que por su tendencia de libertad, se le reconoce por su espíritu in-*



FRANCISCO CONTRERAS V.

---

# Raul

---

Poema

PRELIMINAR SOBRE EL ARTE NUEVO



SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA É IMPRENTA DEL PROGRESO

Ahumada, 50

---

MCMII

# Preliminar

## EL ARTE NUEVO

ARTE LIBRE=ARTE SINCERO

*No sé por qué extraña aberración en tratándose de arte moderno se habla de artificialidad y decadencia, de intromición de un arte en el dominio de otro, de neomisticismo, de egotismo, de* snobismo, *de todo, menos del verdadero espíritu que informa este arte inquieto, refinado, vibrante: la Libertad, la suprema libertad.*

*Cualidad del genio artístico en todos los tiempos ha sido el rehuir la limitación de los modelos y de los dogmas para dar ámplio vuelo al ave de fuego de sus sublimes concepciones; toda vez que las escuelas no han sido más que un resultado de sus ideas, adoptadas en abstracto por talentos de segundo orden: sus seguidores. El Romanticismo, en la edad moderna, vislumbrando que el Arquetipo y el Canon absolutos son falsos por contrarios á la ineludible ley de la evolución y á la relatividad de los temperamentos, empezó abiertamente el movimiento de la completa liber-*

De la luna bajo el rayo taciturno
Azulea la magnífica avenida,
Entretanto lleva el ábrego nocturno
La hoja de oro de los árboles sin vida.

Los soberbios suntuosísimos palacios
De portadas blasonadas y triunfales
Se perfilan en los fúlgidos espacios,
Coronados de diamantes siderales.

Lluvia de ópalos que se alza á los confines,
Entre el fúnebre despojo de las flores,
En los prados de los mágicos jardines
Se lamentan rumorosos surtidores.

De la atmósfera en la calma abrumadora
Vaga un soplo misterioso, funerario;
Y resuena con pavura la alta hora
Que se eleva del vetusto campanario.

Por la vía, en el reposo de la noche,
Solo cruzan pobres diablos claudicantes,
O sombrío y pusilánime, algún coche
Deja ver sus farolillos deslumbrantes....

Del ambiente bajo el hielo corrosivo,
Al amparo del escuálido ramaje,
Se percibe un mozo extraño pensativo,
De melena funeral y viejo traje.

Recostado sobre un verde férreo banco,
Tiene hundido entre sus manos temblorosas
Su nervioso rostro lánguido tan blanco
Como el mármol impasible de las fosas.

Su cabello desgreñado á rizos flojos
Le circunda de un collar de opacos tules,
Y fulguran melancólicos sus ojos
En el fondo de sus párpados azules.

Alma frágil de pasión y de ternura,
Soñador de vagarosa lontananza,
Es un mísero bohemio sin ventura,
Es un pálido amador sin esperanza.

Sumergido en la miseria y la pereza,
De su vida en el eterno sueño inerte,
Ama férvido en silencio á una duquesa
Por sarcasmo incomprensible de la suerte.

Y á la hora de las tristes soñaciones,
Cuando roncan los burgueses su fortuna,
Sale trémulo á pasear sus ilusiones
En el místico palacio de la Luna.

Sale á dar animación á sus anhelos,
Bajo el oro de los árboles flexibles,
A soñar en lenitivos y consuelos,
A creer en halagüeños imposibles....

Y allí está reconcentrado cejijunto,
De la muda noche gélida en la calma,
Con la vista dirigida á un mismo punto,
Contemplando los misterios de su alma.

E inquietante, tumultuoso, febricente,
El recuerdo de sus líricos amores
Le rodea tristemente, dulcemente,
Como un círculo de lágrimas y flores.

Y el miraje de sus horas más amadas
Va pasando en su cerebro en gira eterna,
Cual las rápidas visiones irisadas
De la lente de una mágica linterna....

II

¡Oh, esas noches de suprema dulcedumbre
En que viera, desbordante de cariño,
Desplegarse de los astros á la lumbre
La alba flor de su primer sueño de niño!

Era en horas de paseo y gentileza,
Bajo el fresco verde en flor de las acacias,
Cuando el lujo, la hermosura y la nobleza
Dan al aire sus encantos y sus gracias....

Distinguida concurrencia efervescente
Alboroza la avenida verdinegra,
Paseando de la noche al dulce ambiente,
A los ecos de la música que alegra.

Se ven damas enjoyadas y bonitas
Entre graves y fastuosos caballeros,
Y guirnaldas de rosadas señoritas
Y corrillos de dandíes altaneros.

Y en el flujo de este río de ondas vivas
El, Raul, perdido va, como al acaso,
Pero fijas sus miradas pensativas
De una hermosa en el cadente suave paso.

Una hermosa virgencita pudibunda
De cloróticas pupilas siderales,
Que reflejan del azur la luz profunda...
O el metálico fulgor de los puñales.

La cascada de sus regios bucles rubios
Pone un nimbo á su candor con embeleso;
Y su ardiente boca ideal, llena de efluvios.
Cual crisálida de fuego, duerme el beso.

El flotante raso níveo de su falda
La circunda como el alma de una nube;
Y tansolo uno se admira que á su espalda
No vacilen las alitas del querube.

Es Lucette, la duquesita tierna y grata,
Hada núbil de soñadas Visapures;
La que tiene por blasón un lis de plata
Sobre campo de simbólicos azures.

Embebida en la romántica dulzura
De la charla, del paseo y la vagancia,
A Raul ella no ve qué, en su locura,
La persigue sin cesar, á la distancia.

Ni tampoco ve en esa alma, con empeño,
De sus mágicas pupilas bajo el giro,
Florecer el ideal de un lis de ensueño
Todo blanco — con estambres de zafiro...

III

Otra vez es una dulce noche blanca
En la espléndida avenida ya desierta,
Que argentea la alba luna de luz franca
Y decora el acaciar de sombra incierta.

En el aire rutilante soporífero
Vagan almas de claveles y jazmines,
Y parece que un cerúleo tul lucífero
Envolviera los palacios y jardines.

A través de las floridas enramadas,
En el vago misterioso claro-obscuro,
Una mágica visión de cuento de hadas
Se desliza como al mando de un conjuro.

Ya avivados de fulgor, ya ensombresidos,
Resplandecen con undívagos destellos
El argénteo brocatel de sus vestidos
O el aurífero toisón de sus cabellos.

¿Qué canéfora será, dulce y traviesa,
De pagana fiesta azul? ¿Qué mariposa
De verjeles edenales? ¿Qué princesa
De romántica balada misteriosa?

¿Qué flor pálida de amor, qué casta anémona
De perfumes divinales? ¿Qué Purísima,
Creación do Botticelli? ¿Qué Desdémona
Eucarística, simbólica, ternísima?...

Y Raul, que sigue trémulo y obseso,
Se extasía en estos sueños azulados,
Contemplando á su adorada de regreso
De poéticos paseos encantados.

Su hermosura melancólica indecisa
En el seno de esta noche, como un lirio
Entre ráfagas de luna, le himnotiza,
Arrojándole en fantástico delirio.

Y perdido del silencio en la honda calma,
Como al son de fabulosa bandolina
Que gimiera entre sus manos, canta en su alma
Una tierna serenata columbina.

Canta en su alma como al pié de linda reja,
Jaula de oro del amor y la fortuna,
Que vislumbra allá en el aire que se queja
Entre flores y temblor de luz de luna...

IV

...Mas la dulce primavera con su dicha
Emigró con sus doradas brisas suaves,
Abismando en la tristeza y la desdicha
A los pobres, á las rosas y á las aves.

Ya no hay días de alegría inusitada,
Ya no hay noches de paseo entre las flores;
Que hoy envuelve la ciudad, como enlutada,
El invierno con sus nieblas y rigores...

Sobre el vago fondo gris de los confines
La avenida esfuma triste sus siluetas.
Y en los prados de los próximos jardines
Se sonríen las primeras violetas.

Entre el lívido arbolado sin sus galas,
Raul lleva su errubundo desconsuelo,
Contemplando las palomas de albas alas
Que en redor del viejo templo alzan el vuelo.

¡Cómo vibra su alma férvida confusa
En el caos de nostalgia que le enerva!
Cuando súbito en un grupo que allí cruza
Ve una niña que parece que le observa.

«Oh Lucette!...» Pero sus labios enmudecen
Y su vértigo trepida en la cordura;
Entretanto las violetas se estremecen
Como á un soplo de cariño y de ternura.

¡Cuán hermosa! Viste un traje color lila,
Que á su paso deja aromas opulentos;
Y algo así como una sombra que vacila
Nubla el cielo de sus ojos somnolientos.

¡Ah, quién sabe si también ella recuerde
Las pasadas noches fúlgidas tan bellas,
Y aún perciba, como un sueño que se pierde,
Florecer el fuego azul de sus estrellas!

¡Ah, quién sabe si también ella, en su hechizo,
Guarde un rayo de ese amor que á él le devora,
Y al mirarle haya sentido de improviso
Como un soplo de alegría turbadora!

Pero rápida y tranquila, sin volverse,
Ya se pierde su silueta en lontananza
Y él febril, de su abandono al convencerse,
Siente cómo huye de su alma la esperanza!

Una lágrima á sus rárpados asoma
Y resbala por sus pómulos temblando.
Y tansolo desde el templo una paloma
Le acompaña sollozando, sollozando...

## V

En las noches tenebrosas el suntuoso
Coliseo brilla rojo de esplendores,
Exhalando entre la sombra su alborozo
En cien ondas de armonías y fulgores.

Dentro, en la áurea bacanal de la luz rubia,
Trajes régios, gasas claras, yemas finas;
Fuera, en la ancha calle lóbrega, la lluvia
Con la furia de sus flechas cristalinas...

En un palco nobiliario seda y Paros
Se distingue una doncella encantadora
De impalpable traje níveo y ojos claros,
Irradiante de candor como una aurora.

Suelto el haz de su cabello imponderable,
Encendidas las mejillas que es de verlas,
Aparece toda cándida, adorable
En la nube de sus tules y sus perlas.

Del pasillo, de los palcos más cercanos,
Unos cuantos elegantes jovenzuelos
La requieren sonrientes, cortesanos,
Envolviéndola en la red de sus gemelos.

Ella mira y su romántico abanico
Nubla el cielo de su faz con dulce alarde;
Se sonríe y el dorado ambiente rico
Al besar su boca en flor parece que arde...

Torturado por nostalgia despiadada,
Sale trémulo Raul del coliseo
A pasear bajo la noche endemoniada
La deshecha tempestad de su deseo.

Eucarístico lucero solitario
Que en las sombras de su afán su luz pregona,
La visión del ígneo palco nobiliario
Le obseciona como un sueño, le obseciona.

Pero nó!... Para él tansolo los rigores:
La miseria, el desencanto, la violencia.
La existencia no comprende sus ardores
Ni él comprende el loco ardor de la existencia.

Sólo y pobre de la vida en el barullo,
Aunque príncipe en sus reinos halagüeños,
El no sabe más que el credo de su orgullo,
El no tiene más que el limbo de sus sueños.

¡Ah, pobre alma!... Y vacilante, demudado,
Allá va por los sombríos arrabales,
Escurpido por el viento, atormentado
De la lluvia por las flechas de cristales...

VI

...Mas he aquí que la rosa la primavera
Ha tornado con sus brisas y sus calmas,
Y radiante de esplendor ríe la esfera,
Y pletóricas de amor ríen las almas.

Pudo el duelo del invierno en hora impía
Los espíritus nublar, como los cielos,
Mas llegando la estación de la alegría
Brilla el sol y reflorecen los anhelos.

Y Raul con estas dulces impresiones
Siente su alma desplegarse cual capullo,
Al amor de las nacientes floraciones,
De las brisas perfumadas al arrullo.

En las noches de expansión y de paseo,
Entre el verde de la alegre bella plaza,
Ve á Lucette continuamente su deseo,
Cual la imagen de una sílfide que pasa.

Está hermosa como nunca; está divina:
En sus ojos una azul fosforescencia
Brilla trémula, fantástica, acerina,
Como un astro de lejana refulgencia.

Dibujando su senito de albo tono
Donde tiembla una camelia nieve y grana,
La circuye como el nimbo de un icono
El vestido todo azul que la engalana.

El toisón de su cabello se desliza
Por su espalda, como el manto de una diosa;
Y en sus labios resplandece la sonrisa,
Como un ósculo de sol sobre una rosa.

Y él nervioso la persigue delirante,
Sin perder su ideal silueta encantadora,
Entre el mar de bellas bellas deslumbrante,
A los ecos de la música sonora.

Y en el verde terciopelo de los prados
Abren cárdenas las rosas como soles;
Y vacilan, sobre el cielo proyectados,
Los nenúfares de luz de los faroles...

VII

Una noche al encontrarse entre las lilas
El notó que ella miróle con fijeza;
Y ante el suave beso azul de sus pupilas
Se ha elevado como un sol en su tristeza.

Y á los rayos de esta aurora de bonanza
Ha escapado el buho gris de su neurosis,
Y su espíritu radiante de esperanza
Se ha exaltado en una extraña apoteo'ssi

¡Oh, el azul!... Y su alma ardiente apasionada
Se enamora del azul perdidamente,
Y en su ensueño, como un cielo, ve á su amada,
Bajo el prisma de su eterno azul ambiente.

Ya es Ofelia, la romántica princesa,
Heroína de las bárbaras canciones,
Alma cándida y pupilas de turquesa,
Que se nutre de corolas é ilusiones.

O es María, la divina Rosa Mística,
En su aéreo tabernáculo de nubes,
Soñadora, melancólica, eucarística,
Entre aurinas cabecitas de querubes.

O Afrodita, la ideal diosa pagana,
Emergiendo de las ondas opalinas,
Bajo el cielo encantador de la mañana,
Sobre un suave fondo azul de auras marinas...

Y él hundido en este caos azulado
Es feliz. Y en sus ridículo egoismo,
Se contenta con soñarse enamorado
En un sueño de irritante platonismo.

Su adorada es como un vaso de perfume
Que le aroma desde el limbo en que destella,
Y es su culto, en el ardor que le consume,
El del grillo de la fábula á la estrella.

¡Ah, si aquella virginal edad florífera
Fuera eterna con sus júbilos pacíficos
Y jamás, jamás llegara el ansia ignífera
De los férvidos placeres terroríficos!

## VIII

Los domingos de mañana, qué es de verlas,
Salen plácidas del templo las hermosas,
Como nítido collar de obscuras perlas
Que temblando se desgrana sobre rosas.

Luce el día sus más frescas tiernas gracias
Con reflejos de zafiros y amatistas,
Y á la sombra de las trémulas acacias
Ríe el prado artificial de las floristas.

Cabe el pórtico sagrado de granito,
Raul pálido, encendida la mirada,
Mudo espera, en vago júbilo infinito,
La radiante aparición de la adorada.

¡Cómo vibra su alma frágil y se alegra
En la hoguera de deseo que le alumbra!
Cuando súbito entre el mar de seda negra
Algo mira que le atrae y le deslumbra.

Es la aurora de *sus* ojos divinales
Sobre el cielo de *su* rostro pudibundo...
Y él percibe dos lucíferos puñales
Sepultarse de su pecho en lo profundo.

«¡Oh Lucette, paloma cándida intangible,
Que desciendes en la gloria del incienso!
Dulce estrella de sonrisa bonancible
Que atenúas de la vida el duelo inmenso!

«Tú eres la única esperanza del Poeta;
De su trágico jardín perenne viola;
Y á tu amor, como la rosa al aura inquieta,
Abre su íntima ilusión la azul corola!...

Y él la sigue fijamente por la calle
Hasta que entra en el portal de su palacio
Y se pierde su armonioso fino talle,
Como un ave en el palacio del espacio.

Y el buen sol que resplandece alegre y blondo
Le aureola con sus fúlgidos raudales,
Y de su alma sepultados en el fondo,
Cómo sangran los fantásticos puñales!...

## IX

...Mas de nuevo la inconstante primavera
Emigró con sus doradas brisas suaves,
Y ya tornan á penar á su manera
Los bohemios, las acacias y las aves.

Idos son los bellos días de azul cielo,
Idas son las noches cálidas abiertas;
Que hoy domina la ciudad, como de duelo,
El otoño con sus brumas y hojas muertas...

Sobre extraños horizontes oro y verde
Se perfila amarillenta la avenida,
Y á la vaga media luz que ya se pierde
Se alza así como una queja indefinida.

Por la vía melancólica negruzca,
En magnífica victoria que destella,
Va Lucette pálida y triste, sin que lusca
En sus labios la sonrisa su áurea estrella.

Viste un traje caprichoso obscuro y raro
Que la envuelve en la tristeza de sus pieles,
Del carruaje sobre el muelle fondo claro,
Que arrebatan los heráldicos corceles.

Y en las húmedas turquesas de sus ojos
Hay un vago fuego pálido inquietante,
Que consuena con los lívidos despojos
Del otoño en esta tarde agonizante...

¡Ah, Raul, ya no persigas á tu amada,
De tu amor y tu ternura en el derroche:
Emigró la golondrina enamorada,
Pasó el día victorioso—y es la noche!...

Y él percibe un cruel afán que no se nombra
Torturarle el corazón acervamente,
Que parece que emergiera de la sombra
Y flotara en torno suyo en el ambiente.

Y mirando ya á lo lejos esfumarse
La nostálgica visión encantadora,
Siente furias de estrechar, de asimilarse
Esa imagen que le alumbra y se evapora.

Y una ráfaga que cruza el hemisferio
En su oído pone sordas reveliones.
Y divisa, de la bruma en el misterio,
Las estrellas que arden ya como blandones...

X

Otra tarde silenciosa funeraria,
Sobre el cielo enrogecido como un horno
Pinta en negro la avenida solitaria
El bosquejo de su lánguido contorno.

Vago ambiente de vapores y congojas
Acaricia tristemente la arboleda,
Y á sus besos espasmódicos las hojas
Caen, caen, como lágrimas de seda.

Indecible funeral presentimiento
Llena el alma de Raul y le amedrenta,
Acosándole azaroso, turbulento,
Como augurio de una próxima tormenta.

Viene á ver á su adorada. En la penumbra
Ya divisa su palacio de nobleza;
Y vislumbra en sus balcones que deslumbra,
Dulce y pálida, á *su* lírica duquesa.

Viste negro; y su semblante todo blanco,
En su mágica ventana ya sombría,
Se asemeja de la luna al disco franco
En el seno de una noche obscura y fría.

A su lado, entre la sombra, un joven alto,
De chaqué y cadena de oro que flamea,
Apoyado contra el muro de basalto,
Obsecuente á media voz la galantea.

Y Raul observa que ella sonriendo
Le contesta con placer entusiasmada.
Y para él que por su amor está muriendo
No ha tenido ni una mísera mirada.

¡Maldición! Eterna angustia de la vida!
¡Maldición! Eterno ultraje, eterna queja!...
Y apartando la mirada humedecida,
Con nervioso paso rápido se aleja.

Entretanto, en el azur ya más risueño,
La alba luna como un lirio ha florecido;
Y á él ¡ay! sobre el cadáver de su ensueño,
Se le antoja un cirio fúnebre encendido.

Llora. Y férvidas sus lágrimas de duelo
Le corroen como gotas de vitriolo...
Es la vida sin amparo, sin consuelo;
Y él es pobre y claudicante—y está sólo!

Y en la calma de la atmósfera tranquila
Las tinieblas del dolor bajan del monte.
Y él, perdido bajo el cielo color lila,
Se confunde en el negror del horizonte...

## XI

...Mas no todo es desencanto y pena insana.
Y á la hora en que á la luna ladra el perro
En la boharda del poeta brilla ufana
La luz de oro de la lámpara de hierro.

A su brillo el pobre joven, el noctámbulo,
Inclinado sobre el paño de su mesa,
Mudo escribe sin reposo ni preámbulo,
En la mágica expansión de su terneza.

Sus fracciones se contraen intranquilas
Con temblores de neurótica insistencia,
Y se mira desfilar por sus pupilas
Misteriosa singular fosforescencia.

Y, á medida que su mano va escribiendo,
Ese fuego que en sus órbitas tremola
En redor de su ancha frente va acendiendo,
Como una áurea apocalíptica aureola.

Y en su luz, como al conjuro de una bruja,
Se ven astros, flores y aves color rosa,
Sobre cuyo núcleo ardiente se dibuja
De Lucette la azul imagen vagarosa.

Y los gnomos de la mísera bohardilla
Salen quedos de sus húmedos rincones
Para ver tan estupenda maravilla,
Cabalgando sobre grillos y ratones.

Y escribiendo y escribiendo poco á poco,
Sobre el paño de su mesa reclinado,
El neurótico se agita como un loco,
Encendido, vencedor, transfigurado.

Y por fin, con vacilante mano lívida,
Alza el pliego en que su vista rebervera,
Y en ligera media voz nerviosa y vívida
Lee trémulo y feliz lo que escribiera:

## XII

### (CANCIÓN DEL PRÍNCIPE ZAFIRO)

*Soy el Príncipe Zafiro*
*Que en su giro seductor*
*Va buscando la aromosa*
*Rosa rosa del Amor.*

---

*Encantada filomela*
*Cuya frágil ala riela*
*Como estela al afluir,*
*Que en el bosque verde claro*
*Alzas tu himno dulce y raro*
*Al amparo del zafir.*

*Dulce ondina, dulce ondina*
*De mirada columbina,*
*De divina sien lilial,*
*Que en tu vítrio alcázar de ondas*
*Tejes ricas blondas blondas*
*Bajo frondas de coral.*

*Fabulosa flor de loto,*
*Fresco cáliz recién roto*
*De remoto clima azul,*
*Que tu aroma y tu fortuna*
*Das al alma de la Luna*
*Como en cuna de albo tul.*

*Melancólica princesa*
*De oro, nácar y turquesa,*
*Como impresa en real* cassette;
*Blanca niña encantadora*
*De un azul sueño de aurora,*
*Seductora cruel Lucette:*

---

*Si es que encuentras en tu giro*
*Triste al Príncipe Zafiro*
*Su suspiro halle fabor,*
*Que él buscando va la hermosa,*
*Peregrina, milagrosa*
*Rosa rosa del Amor.*

---

*Y verás sus cien jardines*
*En que absortos los jasmines*
*Serafines ven bajar;*
*Sus cerúleas gayas flores*
*Donde van silfos cantores*
*Sus amores á ocultar.*

*Sus miríficas guirnaldas,*
*Amatistas, esmeraldas,*
*Sedas gualdas de primor,*
*Y el olímpico tesoro*
*De su extraña lira de oro*
*De sonoro ideal rumor.*

*Mas no intentes, niña bella,*
*Conocer su negra estrella*
*Que destella en un confín;*
*Ni separe tu cuidado*
*Su áureo arnés flordelisado*
*De azulado lambrequín.*

*Que debajo su coraza*
*Radia trémula, que abraza,*
*Viva brasa de pasión:*
*Inquietante, macilento,*
*El rubí más opulento,*
*Su sangriento corazón!...*

---

*Soy el Príncipe Zafiro*
*Que en su giro seductor*
*Va buscando la gloriosa*
*Rosa rosa del Amor!*

XIV

**Pobre niño...! Se consuela en su abandono**
**Con la música de triunfo de sus rimas,**
**Que le dejan su armonioso dulce tono**
**Al alzarse como alondras á las cimas.**

**Mas ya pasa el suave efluvio que le aroma**
**Y nervioso, al despertar de sus ensueños,**
**Una lágrima de hiel trémula asoma**
**Sobre el borde de sus párpados sedeños.**

**El en medio de su amarga cruel histeria**
**Sólo tiene los embates de la suerte,**
**Y por única querida á la Miseria**
**Y por todo patrimonio el de la Muerte!**

Singular destino, el suyo!... Sentir llena,
Llena el alma de ilusión y amor profundo,
Y agostarse consumido por la pena
Y extinguirse desechado por el mundo!

Pero entonces en su atmósfera maldita
Se proyecta, como un astro que floresca,
Verde cuadro en que una rústica casita
Le sonríe con su baño de cal fresca.

Es su hogar. Allí escurrióse embelesada
La fontana de su azul vida de niño
Bajo el oro de la fértil enramada,
Al arrullo de la brisa y del cariño.

Allí están el bosque fresco y la campiña
Que hospedaron sus placeres infantiles
Y su cándida pasión con una niña,
Verdadero colibrí de esos pensiles.

Allí lánguidos los robles centenarios
Por las tardes gemirán bajo la urna,
Recordando sus paseos solitarios
Cuando se abre la amarilla flor nocturna.

Allí se alza bajo un sol nunca sombrío
El collar de hierro azul de las montañas,
Y cantando de placer camina el río
Por su senda de áureas guijas y de cañas.

Y allí el pecho de su madre dulce y tierna
Por dos años aguardole, en su demora,
Con paciencia angelical, con pena eterna,
Esperando de año en año, de hora en hora.

Le aguardó hasta que una noche torva y fría,
Pobre víctima de recio dolor fijo,
Vió llegar la hora fatal de la agonía,
Pronunciando el dulce nombre de su hijo.

Mientras él, ajeno á todo, indiferente,
En la sórdida ciudad aborrecible,
Se agitara ciego, férvido, demente,
Bajo el vértigo fatal de un imposible...

## XV

...Larga y cruel meditación bajo la luna
Al rigor de aquella noche abominable;
Misteriosa, torrencial corriente bruna
Del ensueño de una vida inconsolable...

Y Raul bajo el ramaje despojado,
En la lóbrega avenida retraído,
Sobre el hierro de aquel banco recostado
Las heladas largas horas no ha sentido.

En su ambiente de quimera y fantasía,
Tembloroso de placer ó de ternura,
Ha vivido de sus dichas la alegría,
Ha vivido de sus penas la amargura.

Y los rasgos de su lánguido semblante
Dejan ver su excitación y su quebranto:
Su ancha frente se levanta vacilante
Y en sus ojos hay aljófares de llanto..

Entretanto, la alta noche trascurrida,
Ya la luna va cayendo en lontananza,
Y se siente en el sopor de la avenida
Como un hálito de luz y de esperanza.

Hacia oriente, sobre el fondo ensombrecido,
Va subiendo el soplo azul de la mañana,
Y no se oye bajo el cielo más que el ruído
Que en la calle hacen las hojas de oro y grana.

Y Raul sin atención, sin movimiento,
Mira aquel opaco albor meditabundo,
En el vago inconsevible sentimiento
De quien torna de improviso de otro mundo.

Para él nada hay hermoso ni atrayente;
Ya su pecho á todo encanto se halla yerto;
Su pobre alma está de luto: el sueño ardiente
De su vida aquella triste noche ha muerto!...

Y extraviado, sin conciencia verdadera,
Se *disuelve* en la gran calma funeraria,
Cuando al pronto cree oir, en su quimera,
Como el eco de una voz extraordinaria.

Y su espíritu fantástico se asombra,
Y él se crispa todo trémulo rehacio:
Es un eco funeral desde la sombra
Que: «¡Raul! ¡Raul!..» le dice muy despacio.

¿Quién le llama de su vida en el abismo?
¿Es acaso algún amigo dulce y tierno?
¿O es la voz providencial del cielo mismo?
¿O es la tétrica atracción del mismo infierno?

No adivina. Pero se alza en el instante,
Cual si un antro con su influjo le arrastrara,
Y hecha andar bajo la luna agonizante
Hacia el lado en que su nombre resonara.

Y penetra por calleja obscura y fria,
Que jamás alegra el fuego de los soles,
Donde en medio de la sombra en agonía
Se extremece la áurea flor de los faroles.

Y se interna más y más por cien callejas
Que le cercan de terror como un encierro,
Y desfilan á su lado puertas viejas,
Rejas míseras y lámparas de hierro.

Y cual víctima de insólito destino,
Sigue, sigue de la aurora al soplo blando,
Con los ojos en su anhelo peregrino,
Caminando, caminando, caminando...

Al pasar cabe una puerta misteriosa
Siente voces de alegría extraña insierta;
Y al momento ante su vista pavorosa
Ve entreabrirse con temor aquella puerta.

Viva luz, que se abalanza á los umbrales,
Le deslumbra con sus ráfagas doradas
Donde flotan, como sombras espectrales,
Hombres ébrios y mujeres escotadas.

Y unos cuantos vividores en el acto
Se retiran de la orgía en que se inflaman.
Y él, que cerca se ha parado estupefacto,
Siente voces de mujeres, que le llaman.

Mas su espíritu le anuncia: «qué te pierdes!»
Y él se aparta del satánico embeleso,
Cuando un diablo femenino de ojos verdes
Le sujeta y en la boca le da un beso.

Y se encuentra dulcemente aprisionado,
Sobre un seno tembloroso que se ofrece,
En el nudo de un abrazo endemoniado
Que le arrastra, le fascina y le extremece!

¡Ay, entonces!... Mientras ébria de locura
Se abandona su alma trémula y abierta,
El no siente que á su espalda con pavura
Se ha cerrado ¡para siempre! la ancha puerta!...

---

# Libro II

## EL DIABLO FEMENINO DE OJOS VERDE

...Ivresses en route
Diaboliques et divines !...
VERLAINE

Del galante restaurant la roja sala,
Llena de hálitos de alcohol y de tabaco,
Vibra el eco de la charla que se exhala,
Como al eco de un barullo demoniaco.

En las manos de los buenos vividores
Chocan líricos los vasos sus cristales,
Sobre el fondo de dibujos en colores
Que decoran los reclamos comerciales.

Las mesitas de metal enmarmoladas
A la luz de las vitrinas, de oro rosa,
Se extremecen de placer, como embriagadas,
Bajo el flujo de la charla escandalosa.

Y las blondas rubicundas bailarinas,
Que en los cuadros al pastel muestran las piernas
Se sonríen voluptuosas y felinas,
En posturas ya sarcásticas, ya tiernas...

Hacia un ángulo sombroso, como esquivo
De las risas á la ráfaga que alegra,
Está un joven macilento pensativo
De melena funeral de seda negra.

Su semblante de marfil casi amarillo
Se alza vago, soñador, como entre tules,
De sus lánguidas pupilas bajo el brillo,
Que refulgen en sus párpados azules.

Está sólo, cejijunto, demacrado,
Cual espectro que entre túmulos se pierde,
Ante el lívido reflejo nacarado
De su vaso de cristal de ajenjo verde.

Sueña, sueña embebecido, rememora
Del pasado en la inefable suave esencia;
Y va alzándose á su vista soñadora
El postrer drama febril de su existencia.

«Un invierno...» Y sus ideas en su cuita
Van hallando un eco amargo, un eco tierno...
(¡Ah Raul! ..) Y entre su atmósfera maldita
Le dan miedo sus ideas... «Un invierno!»

Un invierno de neurótica bohemia
Ha vivido del placer en los derroches,
Entre el vicio, la impiedad y la blasfemia,
Bajo el duelo tenebroso de las noches.

Un invierno de sarcástica alegría,
Que cruzara envenenado de amargura
Entre el ruído de las copas de la orgía
Y el compás del cascabel de la Locura.

Un invierno en que él ha sido el fiel amante
De una torpe y caprichosa prostituta,
El Adonis infeliz y claudicante
De una Venus depravada y absoluta.

Ah Marión, culebra aciaga que le muerdes
Y le llenas de pavor y de embeleso!
Dulce diablo femenino de ojos verdes
¡Que una noche le embriagaste con un beso!

II

El recuerdo de esa noche, en su tristeza,
Está fijo, vencedor, grabado á fuego,
Con el fuego de los besos sin pureza,
Con el fuego del espasmo sin sosiego.

Al principio el dulce vals que al alma engaña
Y á los vuelos melancólicos convida,
Entre el ruído de las copas del champaña
Que en los nervios pone ardor y pone vida.

Y en seguida, como un sueño de neurosis,
De la alcoba en los febriles entusiasmos,
La magnífica, triunfal apoteosis
De la carne en el furor de los espasmos!...

Ya desnuda en el estuche de su lecho
Está espléndida Marión, está satánica:
Fresco el nácar de los muslos, alto el pecho,
Como envuelta en ígnea ráfaga volcánica.

Su cabello del color del de los leones
La aureola en haces flojos y cobrizos;
Y sus ojos radian glaucos y burlones,
Como brasas de diabólicos hechizos.

Las esferas de sus senos ondulantes
Se levantan excitadas en excesos;
Y sus labios se abren trémulos quemantes,
Como ansiosos de caricias y de besos...

¡Ah, Mujer, mujer eterna y siempre nueva,
Hermosísima sirena engañadora!
¡Ah, locura del placer que se subleva,
Desvarío del amor que ríe y llora!....

Mas por fin cala el balcón el nuevo dia,
Infiltrando el resplandor de su corona.
Y Raul en un cansancio de agonía
Con pesar por vez primera reflexiona.

Y de pronto al separarse con fatiga,
De aquel tálamo de esencias venenosas,
Siente absorto que á ese tálamo lo liga
Una mágica cadena de ígneas rosas.

Y él sonríe y no se indigna ni consulta
Aunque advierte en esa imagen que le afiebra,
Entre el brillo de las flores que le oculta,
El fatídico temblor de una culebra...

III

Desde entonces á que data su odisea
Bajo el cielo de la noche y sobre el barro,
Embriagado caminando sin idea
Entre el vago tul celeste de un cigarro.

Esa férvida odisea de locura,
Que comienza en el café lleno de gritos
Con el filtro de una copa de dulzura
Que fulmina hacia los vértigos malditos.

Y prosigue en el burdel desenfrenado,
Entre risas y perfumes de mujeres,
Sobre el raudo torbellino desatado
De la danza del licor y los placeres.

O del circo de arrabal ante la valla,
Bajo el ruído de las murgas de metales,
Donde pálidas funámbulas en malla
Se dislocan en espasmos infernales.

Y por fin va á terminar su ronda insana
De una alcoba sobre el tálamo hechicero,
En los brazos de una torpe cortesana
Que beber sabe la sangre... y el dinero!

Y Raul en esta vida de vergüenza,
Sigue, sigue caminando locamente,
Como en medio de una ardiente llama inmensa,
Embriagado, victorioso, febricente.

El hechizo de la Carne que le abruma
Ha llegado á sofocar, en su congoja,
Sus ensueños azulados con la bruma
De una extraña poesía verdiroja.

Y del viejo restaurant en la ancha sala,
Ante el vaso de su buen ajenjo verde,
De los buhos de la Histeria bajo el ala,
En sus nuevos sueños cárdenos se pierde.

Y Marión entonces viene seductora
Con su etérea carne frágil de alabastro;
Núbil ángel decadente que atesora
De la rosa, de la víbora y del astro!

¡Ah! Fué aquello como un sueño de quimera
Que rindióle sobre el margen del camino;
Una loca y continuada borrachera
De deseos, de ilusiones—y de vino!...

IV

¡Cuántas férvidas noctámbulas canciones
El entonces no escribiera, en sus ternezas,
A la pobre luz de gas de los figones,
Sobre el mármol emporcado de las mesas!

Mas no ya, como en sus tiempos infantiles,
Canta el vuelo de las ansias que florecen;
Tristes sueños lujuriosos y febriles
Hoy su tierno corazón entenebrecen.

Y en el flujo de su amargo devaneo
Alza el himno del placer y el infortunio;
El que elevan los sentidos al Deseo,
El que eleva el renacuajo al Plenilunio.

Y en sus rimas de polícromos matices,
Engarzadas de los versos en las hebras,
Se perciben esmeraldas, aves grises,
Rosas rojas, amatistas y culebras.

¡Oh, sus líricos sonetos, jaula de oro
En que canta una emoción, una agonía!
Y bruñido vaso orgiástico y sonoro,
Esa verde y delirante...

SINFONÍA

*¡Oh pálida zíngara! Este es el momento:*
*La sombra es verdosa, la luz funeral;*
*Pues alza á la esfera tu copa de argento*
*Nimbada de llamas y flores del mal!*

———

*Desmayan los fuegos de ignífera siesta*
*Y alegre desciende la noche gentil.*
*El cielo está verde como una floresta...*
*O como la escama de un verde reptil.*

*Aún ciñen del bosque las trémulas hojas*
*Del muerto crepúsculo el áureo joyel,*
*Y por las cortezas plomizas ó rojas*
*Pululan insectos de verde broquel.*

*Los cardos agitan sus testas violáceas*
*Crinadas de espinas con hondo pesar;*
*Y sobre los vientres de rocas grisáceas*
*Lagartos broncíneos se ven ondular.*

*Sus tiernos escajes remecen las frondas,*
*Con su áurea verdura tiñendo el confín;*
*Y un glauco arroyuelo desliza sus ondas*
*De guijas azules por sobre el verdín.*

*Exhalan las hierbas un hálito amargo*
*Que sube á los ojos y excita á llorar;*
*Y hendiendo del éter el hondo letargo,*
*Un vuelo de cuervos se avista pasar...*

---

*¡Oh pérfida zíngara! Este es el momento:*
*La sombra es verdosa, la luz funeral.*
*Levanta á la esfera tu copa de argento,*
*Y esparce una lluvia de flores del mal!*

---

*Tu espíritu es algo como una guirnalda*
*Donde abre la orquídea y el lirio gentil;*
*Tus ojos son verdes como una esmeralda...*
*O como la escama de un verde reptil.*

*Tus labios sangrientos de lúbrica arista*
*Evocan los fuegos de un torvo arrebol;*
*Y son tus ojeras color de amatista*
*Impúdicas violas borrachas de sol.*

*Tus rojos cabellos, que mi estro celebra,*
*Abrasan las almas en su ígneo matiz;*
*Y excitan tus muslos de piel de culebra*
*Espasmos insanos de amor infeliz.*

*Tu carne es de rosa; tus ojos de verde;*
*Tu boca de brasa; tu pecho de mal...*
*¡Oh, ven; que el Deseo los nervios me muerde*
*Y siento en los labios un fuego infernal!*

*Serán nuestro tálamo abrojos y lilas,*
*Debajo las quejas de un sauce llorón*
*En donde los buhos de glaucas pupilas*
*Elevan su fúnebre extraña canción...*

---

*¡Oh pálida zíngara! Este es el momento:*
*La sombra es verdosa; la luz funeral;*
*Pues alza á la esfera tu copa de argento*
*Nimbada de llamas y flores del mal!*

## V

...Una noche tenebrosa encapotada
El hotel bulle radiante de alegría
En ruidosa, pintoresca mascarada
De la más endemoniada fantasía.

La gran sala, á los acordes que se aguzan
Al quebrarse en los espejos azulados,
Vibra alegre bajo el baile en que se cruzan
Mallas róseas y vestidos galoneados.

Se ven hadas y pastoras que se alejan
Con dandíes de antifaz en raudo vuelo,
Y marquesas Luis XIV que cortejan
Melancólicos Pierrots de terciopelo.

A un extremo, bajo fresco arbusto exótico,
Está el pálido Raul en aventura,
En su mismo aspecto mísero y neurótico,
Con tansolo una careta azul obscura.

Junto a él la mascarita más hermosa
Se sonríe maliciosa, sin reserva,
Con sus piernas bajo malla color rosa,
Con su seno bajo peto color hierba.

Su careta singular de seda gualda
Finge el ansia de la ninfa tras de Falo;
Y escamosas é irisadas á su espalda
Se estremecen dos alitas de ángel malo.

Ambos hablan sin rumor, íntimamente,
A los ecos de violines y de obóes,
Cuando llega hasta su lado de repente
Una turba de galantes dominóes.

Todos gritan: «De Marión es el cumpleaño,
Y ella hoy debe ser la reina de la fiesta...»
Y álguien· «Párate, Raul, no estés huraño.
Y una rosa de tus cármenes apresta!...»

El se escusa; pero nadie encuentra causa.
Y la escusa hace que el ruego mas se encienda,
Y el entonces, tras ligera grave pausa,
Habla en medio del silencio:

## VI

### ESTA ES MI OFRENDA

*Yo te daría, por que recuerdes,*
*Por que recuerdes mis sueños rojos,*
*Una culebra de escamas verdes,*
*De escamas verdes como tus ojos.*

*Y prendería, cuando me muerdes,*
*Cuando me muerdes en tus enojos,*
*Sobre tus gracias que nunca pierdes,*
*Qne nunca pierdes, rubios abrojos.*

*Esta es mi ofrenda. Si no te gusta,*
*Si no te gusta y hasta te asusta,*
*Siempre ardorosa mi alma celebra.*

*Que tus pupilas y tus cabellos,*
*Y tus cabellos de ígneos destellos,*
*Son los abrojos—y la culebra!...*

«¡Bravo! bravo!..» Todo el mundo aplaude y grita,
Pero en medio de ese aplauso que florece
Hay un eco de amargura que gravita,
Hay un eco de amargura que estremece!

«¡Qué ocurrencias!...» Y Marión toda encendida
Siente en su alma como un frío golpe recio.
«¡Qué ocurrencias! Exponer á su querida
Bajo el dardo de las burlas y el desprecio!»

Aquel hombre ya comienza á moletarle
Con las bromas de su triste extravagancia,
Que al principio si llegaron á encantarle
Hoy le inspiran desagrado y repugnancia.

Y recuerda que una noche sin fortuna
Llorar hízole de horror y de fastidio,
Refiriéndole, á los rayos de la luna,
Los terrores de un tal *Príncipe Suicidio.*

Y después de otras locuras ya sin cuento,
Que le traen el cerebro trastornado,
Hoy le expone, sin rubor ni miramiento,
Al escarnio aterrador... Ya es demasiado!

Y febril, aprovechando un breve instante
En la bulla del tumulto que se exhala,
Sin volver en sus furores el semblante,
Sale roja y deslumbrante de la sala...

## VII

Raul loco de girar de extremo á extremo,
Ya cansado de buscar á su pareja,
Siente, en medio de su vértigo supremo,
Como el hielo de una duda que le aqueja.

Sale luego del salón, meditabundo,
Persiguiendo los queridos crueles rastros...
El espacio está caótico y profundo
Y muy vivos de fulgor están los astros.

Se dirige sin pensar á un aposento
Donde brilla luz de fiesta y alegría;
Y al llegar cabe la puerta escucha atento
Una férvida galante algarabía.

Es *su* voz. Mas, con quién habla?... No lo acierta
Y honda ráfaga inquietante le ceduce;
Y empujado con furor aquella puerta,
Hacia el fondo del misterio se introduce.

¡Oh sorpresa! Del tapiz contra los rasos,
En antiguo sofá regio confortable,
Ve á Marión que ríe pálida en los brazos
De un ridículo gomoso insoportable.

Ella al verlo se levanta enfurecida
Y el amante, sofocando un grito quedo,
Mira lívido buscando una salida:
Aquel hombre medio loco le da miedo.

El avanza hacia Marión, mudo, verdeado,
Cual siniestra aparición aterradora;
Mientras súbito el gomoso demudado
Suavemente entre los muebles se evapora.

Ella entonces quiere huir; pero al instante
El, nervioso, la sujeta de una mano
Y le grita: «no te irás...!» con voz tonante:
«No te irás sin mi anatema soberano!...»

## VIII

«No me extraña, mujer torpe, tu desvío.
Ya hace tiempo á que noté tus modos viles,
Y á que siento al abrazarte algo del frío
Que humedece el corazón de los reptiles.

Pero nunca, en mi ilusión, me figuraba
Que eligieras la alegría de esta fiesta
Para darme á conocer de tu alma esclava
La cangrena sepulcral de que está infesta...

Yo por tí había perdido y olvidado
El Eden de mis ensueños inmortales,
Y me había torpemente rebajado
Hasta el antro de tus gustos criminales.

Yo por tí había olvidado, en mi retiro,
Los cuarteles de mi olímpica nobleza,
Y mi título de *Príncipe Zafiro*
Y mi amante pretensión á una Duquesa.

Y por tí, como sediento de amargura,
Me he embriagado con tus mágicos ungüentos,
Y he esparcido mis cien flores de locura
Sobre el lecho de tus cien refinamientos.

Y por tí adoré el pecado con delirio,
Y las sábanas del Vicio donde estragas,
Y la carne de burdel de cieno y lirio
Y las bocas sonrosadas como llagas.

Y por tí busqué las crápulas impúdicas,
Y el espasmo melancólico nocturno,
Y las flores lujuriosas y palúdicas
Y el ajenjo verde-opaco y taciturno...

Yo creía que eras tú, de mi nostalgia,
El olímpico ideal de alas de fuego,
Que he entrevisto en el terror de mi neuralgia
Y persigo por el mundo sin sosiego.

Yo creía que eras tú con tus delicias
La áurea flor de mis azules soñaciones,
Y tus ósculos, tu fiebre y tus caricias
Siempre harían florecer mis ilusiones.

Mas hoy, bárbara, tú misma la falsía
Me demuestras y mi espíritu levantas;
Y el dorado tul de amor que me mentía
Ha caído desgarrado ante mis plantas.

Tú ya solo eres la triste prostituta,
Que á sus lúbricos encantos pone precio...
Sigue pues, en hora buena, por tu ruta;
¡Oh mujer sin corazón, yo te desprecio!...»

IX

Esa noche él no durmióse. En su honda furia,
Ve tansolo entre el horror de su delirio
Dos erectos senos blancos de lujuria,
Dos inmensos ojos verdes de martirio.

Y él resiste la congoja que le embiste
Y en un nudo de emoción su pecho estrecha;
Y vacila, sin conciencia, su alma triste,
Como pájaro clavado en una flecha.

Propiamente no padece. Derribado
Bajo el peso del brutal derrumbamiento,
Yase lívido, impasible, consternado,
Como imbécil para todo sentimiento...

Así pasa varios días sepulcrales
Hasta el horto de una aciaga noche yerta
En que el filtro de las copas infernales
De improviso le enardece y le despierta.

Toda el ansia de su angustia contenida,
Todo el fuego de su anhelo que le atasca
Cae entonces sobre su alma estremecida
Con las furias de una trágica borrasca.

Y agotados su entereza y su dominio,
Brota el llanto en doloroso devaneo;
Y ya inquieto, sin vigor, sin raciocinio,
Se abandona á su emoción y á su deseo.

Y se lanza hacia el burdel, en la mortaja
De la sombra que le ofusca y le reduce,
A pedir como favor una migaja
De esa carne que le aterra—y le ceduce.

Y soporta la vergüenza todávía
Que le nieguen tenazmente su pedido,
Cuando llama ante la amada puerta impía,
Suplicante, clamoroso, enternecido.

Y tansolo tras odiosos viles pasos
En que su último dinero da tranquilo,
La griseta por *deber* le abre los brazos
Y su falso corazón de cocodrilo.

Y él se entrega á sus encantos ya deshechos
Con el vértigo fatal de la locura,
Y la besa en las mejillas y en los pechos,
Y la muerde, y la acaricia y la tortura...

Es el ansia de los últimos soberbios
Estertores de una fuerza ya vencida!
El bestial *delirium tremens* de los nervios
En rabiosa delirante sacudida!...

X

Desde entonces Raul cree seriamente
Que su amor de esa mujer está en la esencia,
Y es fatal su compañía permanente,
Cual fatal y permanente es su influencia.

Y desea trabajar y hacer fortuna
Por vivir con su querida abandonado
En un pueblo más remoto que la luna
Donde el aire sea azul y el sol dorado.

Y pensando en sus antiguos ricos versos
Se dedica a consultar los editores;
Mas tras pasos inauditos y diversos
Sólo encuentra negación y sinsabores.

Los libreros, los Mecenas, los diaristas,
Que trafican con la Fama en su sendero,
No hacen caso de los jóvenes artistas
Que no tienen petulancia—ni dinero.

Y tansolo un viejo-buho, gran judío,
Que se escuda en sus opacas antiparras,
Aceptóle el manuscrito, torvo y frío,
Para ver y consultarse... con sus garras!

En tal trámite una noche tempestuosa
Tuvo un sueño singular triste y abyecto,
Que arrancóle de su vida vergonzosa,
Disipando en un instante su proyecto,

Figuróse que él buscaba á su querida.
Y para esto se encamina á una cloaca
Donde sola halla á Marión entristecida,
Como rosa que en el cieno se destaca.

Luego salen de aquel sótano malsano,
Y el advierte sorprendido, sin argucia,
Que ella ufana trae acida en una mano
Una tétrica culebra verde y sucia.

«¿Qué se entiende aquel capricho, qué se entiende?»
Y curioso la interpela con reserva;
Mas, impávida y erguida, ella no atiende,
Y prosigue ante la gente que la observa.

El insiste al ver la rápida acechanza:
«¿Cómo quieres que así vamos por el mundo?»
Y ella avanza ante la mofa y más avanza,
Arrastrando su infernal reptil inmundo.

Iban juntos á comer alegremente
Al galante restaurant que está de gala;
E insensible á toda voz, como demente,
Ya Marión con su baldón entra en la sala...

De improviso al despertar sobresaltado,
Raul mide el fondo cruel de aquel abismo;
Y le cubre un sepulcral sudor helado,
Y temblando se avergüenza de sí mismo.

Bien comprende, en su terrífica evidencia,
Que aquel cuadro de ignominias y de horrores
Es la misma condición de su existencia,
Es el mismo drama vil de sus amores.

El avanza ante la Vida que le acusa,
Tal y como en ese sueño que le afiebra,
Persiguiendo una mujer que el mundo cruza,
Arrastrando la simbólica Culebra.

¡El, el Príncipe, el Poeta, el Elegido,
El, gran Dios!... Y la razón se le subleva.
Su prosapia, su ilusión: todo perdido!
¡Aire nuevo! campo nuevo! vida nueva!

Y conjura su carácter, medio loco;
Y rechaza los ardores de su anhelo...
Y así en su alma va cayendo poco á poco
El Olvido con sus ráfagas de hielo!

## XI

...Hoy ya no arde de su amor el fuego sumo
Ni la víbora del Sexo ya le muerde—
Meditando en el café repleto de humo,
Ante el vaso de su buen ajenjo verde.

Solamente, al desplegarse en su memoria
El miraje de ese invierno de bohemia,
Ha sentido una congoja transitoria
Que, al salir del hondo báratro, le apremia.

Pero nada ha de torcer su nuevo giro;
El de nuevo cobrará su gentileza,
Y su título de Príncipe Zafiro
Y el precioso corazón de *su* Duquesa.

¡Oh, su cándida duquesa!.. Y entre albores,
De Lucette la sombra azul se le aparece,
Como un horto que fulmina los dolores
Y en el fondo de su alma resplandece.

¡Cuán amable, cuán espléndida, cuán pura!
Es María sobre el Aspid triunfadora...
Y embriagado de emoción y de ternura,
En las manos el semblante, llora, llora...

Sin embargo, de su ensueño en la delicia,
Bien conoce que su amor ya no es el mismo;
Que no en vano se venera á la Impudicia
Esa madre del demonio Escepticismo!...

Entretanto ya la tarde va subiendo,
Y la sala del café casi desierta
Aparece, al ígneo polvo, como ardiendo,
Del sol de oro que se cuela por la puerta.

Solamente algunos viejos vividores
A la orilla del mesón alzan su vaso;
Y se miran transitar los servidores
Vagabundos, la tohalla sobre el brazo.

A travéz de las vidrieras deslumbrantes
Ya no pasan *toiletts* jóvenes y bellas;
Sólo un rápido tropel de comerciantes
En ruidosas y vivísimas querellas.

Lo cual visto por Raul con ceño torvo
Pensativo y afanoso se prevale,
Y apurado con pesar su último sorbo,
A la calle del dolor trémulo sale.

La ciudad, como en un nimbo de oro vivo,
Resplandece de placer bajo la esfera,
Inflamada al grácil ósculo lascivo
De la cándida naciente primavera.

Y él erguido, pusilánime, hierático,
De las gentes en el vórtice revuelto,
Se encamina, como á un ímpetu automático,
Hacia el lado del azar á que está vuelto.

XII

Sin que un juicio verdadero aún le emerja,
Tras andar y más andar enajenado,
Raul llega de improviso ante la verja
De un lejano viejo parque abandonado.

Y penetra sin saber por un sendero
Donde trémulas las flores de jacinto
Enguirnaldan el rosado derrotero,
De radiosa pedrería, con un cinto.

Allí vénce por doquiera de la yedra
Los crespones verdinegros y salvajes,
Sofocando rancios pórtico de piedra,
Y los búcaros en flor y los ramajes.

Varias filas de balsámicas magnolias,
Sóbre el suelo desigual hecho un barranco,
Desenvuelven su avanico de anchas folias
Y su regia floración de raso blanco.

En las ramas que la brisa torna inquietas
Las arañas hilan graves y prolijas;
Y posadas en las rústicas glorietas
Beben luz las irisadas lagartijas.

Sobre zócalo de jaspe un fauno imberbe,
Con sus párpados de mármol en acecho,
Se alza ufano, cual si el ígneo sol le enerbe,
Sonrosado de fulgor el blanco pecho.

En el término se avista la laguna
Donde nadan cisnes negros y diabólicos,
Que levantan ciertas noches á la luna
Sus fatídicos acentos melancólicos.

A la vera los juncales en guirnalda
Sofocados, como muertos cabecean,
Entre el salto de las ranas de esmeralda,
Que en las márgenes azules chapotean.

Y los lánguidos nenúfares de nieve
Abren quedos sus corolas pudorosas,
Contemplando en el dorado ambiente leve
La tragedia de la sangre de las rosas...

## XIII

Raul lleno, de calor el alma mustia,
Se ha sentado con placer sobre la hierba;
Y calmado, casi libre de su angustia,
El desierto paisaje mudo observa.

¡Ah, sin duda el viejo parque se entristece,
De la ardiente siesta azul bajo el reflejo,
Y su obscuro tono verde palidece,
Recordando con pesar el tiempo viejo!

Del soberbio magnoliar las ramas frágiles
Se estremecen en nostalgias soberanas,
Esperando ver pasar las ninfas ágiles,
Como vivas sonrosadas porcelanas.

Soñadoras, las gentiles margaritas
Languidecen en los prados peregrinos,
Evocando las galantes marquesitas
Que rieran al llorar los mandolinos.

De los céfiros los líricos arpigios
Vibran tristes, imitando con sus sones
El fru-frus de perfumados trajes regios
O el romántico golpear de altos tacones.

Y el marmóreo fauno imberbe que espía ufano
Se enternece, desde lo alto de su friso,
De no ver ya entre las frondas á su hermano,
Retozando con su flauta de carrizo...

¡Ah, todo eso está embriagado de tristeza!...
Y Raul baja los ojos funerarios
Hasta el césped desde donde con sorpresa
Le contemplan los lagartos solitarios.

Y turbado se pregunta con asombros
Si aquel parque abandonado muerto vivo
No será su propio espíritu en escombros
Bajo un símbolo corpóreo y sujestivo.

El también en su pasada pobre vida,
Que hoy percibe declinar con su quimera,
Ha sentido su heredad toda florida
Bajo el sol de la rosada primavera.

El también en sus fantásticos jardines
Ha mirado, como azules soñaciones,
Divagando bajo arcadas de jazmines,
A las dulces princesitas Ilusiones.

El también allá en su vértigo infinito,
Entre efluvios de amapolas y de sándalo,
Ha hospedado el Fauno lúbrico y maldito
Que enloquece con su cítara de escándalo.

El también algo ha soñado, algo ha vivido;
Pero tras el bienestar ó la desdicha
Nunca ha hallado en su sendero maldecido
El pais de la anhelada reina Dicha.

La Ilusión sólo dejóle con su halago
Viento vago de inquietud y extravagancia;
Y la Carne sólo un triste dejo vago
De locura, de dolor y repugnancia.

Todo, todo en este Valle de Tormento
Es tansolo podredumbre ó apariencia:
El azul es una ráfaga de viento,
La mujer es una flor de pestilencia!

Que hasta el sueño ó el anhelo más dorado,
De la lucha por la vida en el asedio,
No resulta, tras de todo, realizado
Mas que un móvil de fatigas ó de tedio.

Y hasta el mismo cuerpo ideal de su Duquesa,
Del pecado bajo el beso de perjurio,
No sería ya, en su lecho de impureza,
Mas que un triste objeto mísero y espurio.

¿Y el Espíritu, y la Imagen?... Oh, qué idea!
Oh, qué idea le ilumina de repente;
E inquietante y victoriosa le rodea
Como una áurea mariposa incandescente...

## XIV

Trastornado por fugaz presentimiento
Se hunde entonces en deliquio peregrino.
Todo dícele que aquel es el momento
De la gran revelación de su destino.

Y abstraido, concentrado, casi inerte,
Tiende al aire una mirada sin sentido,
Cuando lleno de sorpresa mudo advierte
Algo extraño que hasta ahora no ha advertido.

¡Quién creyéralo! A pesar de su abandono,
A pesar de su abandono lamentable,
Aquel parque señorial de viejo tono
Es feliz en su existencia miserable.

Flota en torno de su trémula arboleda
Tánta gloria del vivir como cernida!
Resplandece en su follaje de oro y seda
Tánta savia, tánto fuego, tánta vida!

¡Con qué ardor el ígneo sol vierte su lampo!
¡Con qné gracia las libélulas se inflaman!
¡El verdor con qué placer trasiende á campo!
¡Y las flores con qué júbilo embalsaman!

¡Con qué fuego el limpio mármol centellea!
¡Con qué vida se estremece el claro estanque
¡El nénufar, con qué amor se balancea!
¡Y la brisa rumorea con qué arranque!

Es feliz entre su polvo aquella ruina,
Aquel páramo es feliz entre su bruma:
Es feliz por que, florífero, germina,
Es feliz por que, aromático, perfuma.

¡Ah, si en medio del afán que le enardece
El pudiera penetrar aquella tierra,
Y, cual gnomo de los antros, él pudiese
Conocer la bendición que allí se encierra!

¡Ah, si en medio de su anhelo tumultuoso
El pudiera comprender, Dios soberano!
Por qué el sér no racional siempre es dichoso
Y jamás, jamás lo ha sido el sér humano!

Y en el ancho paisaje que le ampara
Clava el dardo de su vista recta y seria,
Cual si, bajo las mil formas, intentara
Contemplar el corazón de la Materia.

Yace el parque entre los ósculos del día
Somnoliento de placer bajo su gala,
Como el ave que al caer la noche fría
Se recoje, la cabeza bajo el ala.

Y él erguido ante la luz que le deslumbra
Considera aquella dulce somnolencia,
Y febril, desde su espíritu en penumbra,
Mira, mira con neurótica insistencia.

Cuando súbito en su vaga incertidumbre
Milagrosa claridad tiende su imperio;
Y se inunda su razón de extraña lumbre
Y sus ojos miran claro aquel misterio.

Es que en medio de su vida inescrutada,
De su afán superativo en el empeño,
Sueña, sueña cada cosa ensimismada
Abstraida de su esencia en el ensueño.

Y, oh sorpresa! Cuanto encuéntrase á su lado,
Todo el cuadro de la gran Naturaleza,
Siente entonces, de improviso, transformado,
Como al mando de un conjuro en su presteza.

Transformado en una escena inverosímil
De simbólico color, de esencia plástica;
Una escena que es un vértigo de símil,
Cabalística, esotérica, fantástica...

## XV

El gran sol es un hierático ángel rubio
Que derrama su carcaj en los espacios;
Los follajes son joyeles con efluvio
De esmeraldas, amatistas y topacios.

Los pilares de los pórticos en ruinas
Son cariátides en fúnebres crespones;
Los rosales de corolas purpurinas
Son enjambres de sangrientos corazones.

Las magnolias cuyo aroma el aire alegra
Son estrellas de balsámicos fulgores;
Los extraños cisnes torvos de ala negra
Son diablillos con ojuelos turbadores.

El marmóreo fauno cándido y hercúleo
Es un númen ideal y sensitivo,
Y hasta el sapo del vil ciénago cerúleo
Es un lampo rutilante verde y vivo...

Y Raul sus ojos ávidos pasea,
Asombrado, en esta escena milagrosa:
Es que mira el alma oculta, la honda idea,
El ensueño en que se abisma cada cosa.

Pero sólo la visión dura un instante;
Y de nuevo torna el orden mudo y frío,
Que un instante es el relámpago triunfante...
Y un instante es la ilusión del desvarío.

Y él pletórico de amor y de contento,
Desbordante de emoción, pierde la calma;
Y ostigado por un raro pensamiento
Vuelve el rayo de su vista á su propia alma.

Que el también, como factor de la existencia,
Debe en su alma secretar, tras su amargura,
Ese Símbolo del sueño de su esencia
Que edifique su destino y su ventura.

Y se engolfa de su espíritu en las nieblas.
Y en aéreas lejanías de avanico
Ve una ténue lucesita entre tinieblas;
Como incendio de alcohol en vaso rico.

Lucesita que brillando más sensible
Poco á poco deja ver en su venero
Una imágen azul-pálida intangible,
Tan gloriosa como el alma de un lucero.

¿Es Lucette? Más que Lucette. Es una angélica
Eucarística Lucette incomparable
De pupilas de amatista y carne célica,
Portentosa, graciosísima, adorable!

¡Oh milagro!... Y él radiante de alegría
Alza el culto de su cántico sonoro:
«¡Dios te salve Psiquis mía, Diosa mía!
¡Yo te adoro! yo te adoro! yo te adoro!»

¡Ah, su mísera alma enferma buscar tanto
La ventura en la ilusión y el sensualismo,
Cuando el germen secretaba de su encanto
En el hondo fondo azul de su ser mismo!

Y frenético de gloria ríe y llora,
Embriagado de emoción y ardiente gozo.
Ya ha encontrado el Ideal que tanto adora;
Ya es sapiente, ya es feliz, ya es poderoso.

¡Oh misterio inverosímil y profundo!
¡Oh destino melancólico y risueño!...
No es el lazo del Amor la Ley del mundo
Es el Símbolo, es la Idea, es el Ensueño!

Y en el sumun de su fiebre enajenado
Cae trémulo ante su Alma que florece,
Las pupilas contra el cielo, arrodillado
Bajo el alma de la luna—que aparece...

# Libro III

## EL LLANTO DE LOS VIOLINES

**La antigua melodía. ¿Qué me despierta?**
**¿En donde estoy?...**

**WAGNER**

En la noche adamantina y perfumada,
Bajo el beso luminoso del espacio,
Resplandecen tras su verja blasonada
Los jardines del magnífico palacio.

Sobre el verde los céspedes mullidos
Hay azules terciopelos de dulzura,
Y del ampo de los mármoles bruñidos
Surgen lampos de encarística blancura.

Los abiertos tiernos cálices de seda
Se levantan coronados de zafiros:
Lises albos, adorífera reseda,
Margaritas, asfodelos y suspiros.

Rachas de ópalos y perlas estentóreas
Que se esparcen sobre el sueño de las flores,
En las fuentes como cráteras marmóreas
Rumorean numerosos surtidores.

Cada mármol, cada reja, cada arbusto
Lanza en tierra su silueta azul umbrosa.
Y en el éter melancólico y augusto
Se divisan las estrellas color rosa.

Desde el seno de la regia galería
Blanca sombra misteriosa se adelanta,
Leve imagen de ideal melancolía
Caminando con aérea suave planta.

Una tierna jovencita seductora
De románticas pupilas siderales
Toda vaga, toda cándida en la aurora,
En la aurora de sus sedas virginales.

El toison de su dorada cabellera
Pone un nimbo á su candor con embeleso;
Y en el cáliz de su boca tempranera,
Cual crisálida de fuego, duerme el beso.

Su senito bajo el cuello de albo raso
Se levanta como en hondas ansias fijas;
Y sus manos, sobre el púdico regazo,
Se atan fláxidas, cargadas de sortijas...

La triunfante luna plena triste y sola,
Sobre el fondo de los zócalos al verla,
Le sonríe, le acaricia, le aureola
Con el beso de su suave luz de perla.

Y azulosa palidez bullente y loca
Baña el ampo de su rostro alabastrino,
Y en los rojos inquietantes de su boca
Se combina en raro efecto purpurino.

Sobre el raso de su falda de pureza
Vago brillo se dilata en ancha lista,
Y á travez de sus pupilas de turquesa
Pasan trémulos incendios de amatista...

II

Es Lucette. Mientras se apresta el gran palacio
Para el baile que dará al día siguiente,
Ella sola se ha escurrido muy despacio,
Pobre víctima de extraña fiebre ardiente.

La inquietante perspectiva de esa noche
De placer le causa vértigo, le agovia;
Que al idearla en su familia, *soto voce,*
Se ha tratado de azahares y de novia.

¿Casarse ella?... Mas, con quién? Cuanto elegante
Se ha llegado á galantearla en el gran mundo
Le ha inspirado sólo afectos de un instante
Cuando no el gracial desprecio más profundo.

Pero su alma late férvida intranquila,
Y ella siente en sus entrañas, al vencerse,
Algo trémulo que vibra, qne vacila,
Como un mágico cristal que va á romperse.

¡Oh! Ella amara con furor de su alma seca
Algún príncipe de ensueño noble y listo,
Tal como esos que en la vieja biblioteca
De un volumen en las páginas ha visto!

Algún príncipe de lauros coronado
Cuya gloria haya invadido el universo;
Y se vista de oro pálido y brocado,
Y en las noches con su amada charle en verso.

Y su ensueño vagaroso se dilata
Por azules lejanías indecisas
Donde brillan cotas fúlgidas de plata,
Terciopelos, lises áureos—y sonrisas.

Y perdida en la ilusión y en la penumbra,
Se estremece en sus fantásticos ardores;
Y la luna con sus rayos la deslumbra,
Y la exaltan con su voz los surtidores.

Cuando súbito, del aire en la alba bruma
Que se cierne sin rumor sobre la senda,
Cree ver que ora se fija, ora se esfuma
Vaga sombra, vaga imagen de leyenda.

Un cintillo en que hay un cruel zafiro inmenso;
Una obscura cabellera sin decoro;
Un jubón de terciopelo azul-intenso;
Un romántico laud de cuerdas de oro...

¡Dulce Ensueño, dulce ensueño, avanza, avanza!
Muestra el cielo de tu rostro de misterio!...
Y febril, bajo el hechizo que le alcanza,
Ella tiembla vacilante, sin imperio.

Y abre lánguida los brazos al vacío,
Palpitante el seno cándido y convexo,
Mientras siente un cristalino escalofrío
En su espíritu, en su boca—y en su sexo.

Tierno lis que de sus galas abre el broche
Del jardín en las bálsamicas umbrías,
Bajo el beso luminoso de la noche
Saturada de perfumes y armonías!...

## III

Es la noche del gran baile. El opulento
Regio alcázar brilla cárdeno de luces,
Exhalando por sus puertas su contento
En cien ondas de rumores y trasluces.

Los inmensos y magníficos salones
De cortinas suntuosísimas y extrañas
Son un foco de matices y emociones,
Bajo el sol artificial de las arañas.

Cien fastuosos fraques negros ó encarnados
Se perciben, destacándose vibrantes
Sobre el fondo de colores apagados
De los trajes de las damas deslumbrantes.

En el aire flota un hálito de fiesta
Saturado de calor y efluvios regios,
Que desgarran los violines de la orquesta
Con los rayos de sus líricos arpegios.

Por doquiera, en el portal, cabe los gonces,
Tiemblan árboles, y flores tropicales;
Y en sus frisos de alabastro ricos bronces
Resplandecen de la luz á los raudales.

Los semblantes se alzan vagos, peregrinos
Entre el mar de seda clara y verdes brotes;
Y sonríe en los obscuros gobelinos
La rosada carnación de los escotes.

Ya ha empezado la cuadrilla de horas viejas
Sus figuras de armonías y reflejos,
Retratando una y mil veces sus parejas
En las lunas de cristal de los espejos.

Las cadencias, como alondras de áureos picos,
Se levantan á las altas claravoyas;
Y se agitan los preciosos avanicos
Sobre el piélago de sedas y de joyas.

Es aquello una visión carnavelesca
De eufonía, de color y de locura,
Una síntesis brillante pintoresca
De la moda, la nobleza y la hermosura!

## IV

Lucette loca de los bailes en el flujo
Es la reina de la fiesta y los deseos,
Atrayendo con su gracia y con su lujo
Las miradas, la atención, los galanteos.

Y en verdad que está bellísima, qué encanta,
En la nube de sus joyas y sus tules,
Sobre el suave rosa-thé de su garganta
Con su víbora de cien perlas azules.

Mas sus senos se estremecen melancólicos,
De la luz bajo los hálitos rosáceos;
Y sus ojos fingen fuegos alcohólicos
Oscilantes sobre cálices violáceos.

Es que el sueño singular de la noche antes
Llena aún, mágico y tenaz, su fantasía;
Y aterrada de sus cármenes fragantes
Ha escapado el ave azul de su alegría.

Sin embargo ella á su vértigo resiste
Y á su triste corazón no presta oído.
Y así, en medio de la pena que le enviste,
Ha danzado, y ha charlado y ha reído.

Pero ahora ya cansada de ficciones,
Se ha sentado en la penumbra hacia un extremo
Descompuestas contraídas las facciones,
De su angustia en el febril pesar supremo.

Los violines de la orquesta, en sus congojas,
Melancólicos le suenan y macabros,
Contemplando, sin saber, las llamas rojas
Que vacilan en los áureos candelabros.

No muy lejos oye límpido el acento
De su hermano, el joven Duque de ojos grises,
Y le mira tán ufano, tán contento
En un corro de almas locas y felices.

Un gran corro de elegantes y de bellas
Que murmura entre la danza y los destellos,
Tras el frágil avanico irguiéndose ellas,
Tras el clac de seda opaca irguiéndose ellos.

## V

Muchas horas, entretanto, van corridas
De la fiesta en la embriaguez facinadora.
Y ya brilla en las cortinas recogidas
El primer vago azuleo de la aurora.

Las llamitas de las áureas candilejas
Palidecen con afán, como asustadas;
Y parece que las lánguidas parejas
Voltejearan ya más lentas, más calmadas.

De improviso el joven Duque ufano y vívido
Se alza inerme entre la charla y la armonía.
Y Lucette le ve tornarse mudo y lívido
Al notar la tenue luz del nuevo día.

Y acercándose á una reja, cejijunto,
Mira atento su reloj con triste cara,
Y sin más con vivo ardor se aleja al punto
Como en busca de algo urgente que olvidara.

¿Qué se entiende aquel neurótico trastorno?
¿Qué se entiende aquella risa que enmudece?...
Y Lucette, mirando pálida en contorno,
Se estremece sin saberlo, se estremece.

Embriagado como está su pecho inquieto
De ansiedades de ilusión y anhelos mágicos,
Cree ver en aquel acto un cruel secreto
Que dará á su vida gris sucesos trágicos.

Y del miedo y la esperanza como en alas,
Poseida por tenaz presentimiento,
Sale presto, tras su hermano, de las salas,
Cuando aquel va penetrando en su aposento.

Cruza trémula el pasillo tapisado,
Procurando no ser vista, silenciosa,
Y á la sombra de un tibor sobredorado
Refrenando el corazón espía ansiosa.

Mas de nuevo, con febril ansia indiscreta,
Sale él rápido, ocultando unos papeles,
En su mismo traje negro de etiqueta
Con tansolo un paletó de ricas pieles,

Y afanoso, la mirada funeraria,
Con visible turbación gana el vestíbulo.
Y Lucette le mira triste visionaria,
Cual si viérale salir hacia el patíbulo.

Y en verdad da que pensar ver aquel mozo
De frac negro, clac de moda, blanco guante,
Escapando de su hogar en alborozo,
Pensativo, melancólico, inquietante...

## VI

Lucette sola en el estudio de su hermano
Se estremece muda y pálida, se arroba,
Con un pliego desdoblado en su alba mano,
Por delante de una mesa de caoba.

Que aquel pliego singular allí olvidado,
A su cándida inocencia sin respetó,
Indiscreto y minucioso le ha mostrado
El odioso fondo arcano del secreto.

Se trataba de un gran duelo. Un desafío
Con un loco poetastro vagabundo
Que á ella misma con culpable desvarío
Aludiera en un insano libro inmundo.

Preguntando por el Duque en mal instante
Contestóle con orgullo y sin razones,
Que él había sido de ella el fiel amante,
Y aún sabría defender sus pretenciones.

«¿Un amante que se bate por su hechizo?...
Todos esos son sucesos bien extraños...»
Y ella inquieta se dispone á dar aviso,
Deseosa de evitar mayores daños.

Mas á punto de salir estupefacta
Se detiene su mirada con sorpresa
En un raro libro azul de pasta intacta,
Confundido entre el desorden de la mesa.

«¿Qué será?...» Y con manos trémulas impías
Lo inspecciona febricente, escrutadora...
¡Ah, ya sabe! Son las locas poesías
En que á ella se le alude—y se le adora!

Y lo entreabre vacilante (no resiste)
Y en su mágica portada, muda advierte
El retrato del autor, pálido y triste,
Sobre un fondo fantasmal, al aguafuerte.

Aquel lánguido semblante, aquellos ojos...
Sí por cierto, no le son desconocidos...
Y ve alzarse allá en su mente, entre sonrojos,
Vaga imagen de contornos desteñidos.

Ya recuerda. Es el fatídico muchacho
Que siguióla más de un año en los paseos,
Persiguiendo su visión como un borracho
En extraños y afanosos devaneos.

¡Quién lo hubiera imaginado! Y en su angustia
Le da aquello de aquel caos el resumen.
Y ya en auto, más calmada su alma mustia,
Sigue hojeando sin pavor aquel volumen.

## VII

Entretanto afuera vibra de la fiesta
El confuso rumor férvido acendente,
Y sollozan los violines de la orquesta
Dulcemente, dulcemente, dulcemente...

Mas, qué unción tiene aquel libro misterioso
Que ella apenas cuatro versos ha leído
Cuando siente el corazón temblar ansioso
Y su rostro de rubores se ha teñido?

Dulces pláticas de cándidos amores;
Languideces melancólicas de ensueños;
Almas vagas de cerúleas gayas flores;
Suaves tintes irisados y risueños.

**Es un Príncipe de edades peregrinas,**
**(El fastuoso bello Príncipe Zafiro)**
**Que en los parques de sus Islas Diamantinas**
**Va cantando sus anhelos en su giro.**

**Sueños vagos, flores frescas de albo tono,**
**Remembranzas, pedrerías, ilusiones,**
**Que él ofrenda, arrodillándose ante el trono**
**De la Reina de su amor y sus canciones.**

**Oh, la Reina! La adorable Lucette pálida,**
**Cual la imagen blanco-azul de una Purísima:**
**Alma frágil, ojos tristes, boca cálida,**
**Pudibunda, seductora, preciosísima.**

*(... ¡ Salve cándida Princesa*
*De sonrisa columbina;*
*Vagarosa casta Ondina*
*De pupilas de turquesa !*

*Alma frágil de tristeza,*
*Fué la Luna tu madrina.*
*Y un gentil lis de platina*
*Es tu insignia de nobleza.*

*Para tí son mis amores,*
*Las más tiernas bellas flores*
*De mi psíquico tesoro.*

*Tú eres casta, tú eres pía...*
*¡Salve, salve, Reina mía!*
*¡Yo te adoro! yo te adoro!...)*

Y desfilan verdes cuadros admirables,
Donde hay cálices de exóticos aromas;
Sinfonías en azul interminables;
Plenilunios; mandolinas, y palomas.

Auras suaves que fulminan los agrabios;
Ruegos hondos que no alcanzan á la vida;
Besos que álzanse del pecho hasta los labios;
Sensaciones de pasión jamás sentida.

Y entre todo, en primer término, ante todo,
*Ella* en medio de una ardiente gloria mística,
Victoriosa bajo el astro ó sobre el lodo,
Como un hada milagrosa y eucarística.

Que si un mirlo canta alegre en el espacio
Es su rostro que se asoma á su ventana;
Y es que gimen sus nostalgias muy despacio
Si murmura tristemente la fontana...

¡Himno azul de los espíritus felices!
¡Himno mágico y azul del alma quieta!...
¡Perlas, perlas! astros, astros! lises, lises!
¡Mil venturas para el Príncipe-Poeta...!

VIII

Y Lucette posesiorada, febricente,
Lee, lee con neurótica insistencia;
Y sus ojos fosforescen vivamente,
Y su escote se levanta con violencia.

Su alma errante en enigmáticos confines
Vuela, vuela cual si ¡oh Dicha! tú la impulces...
Mientras fuera lloran dulces los violines,
Los violines mientras lloran, ¡oh! tán dulces!...

Mas aquellas entusiásticas canciones,
Poco á poco, en sutilísimas escalas,
Van vibrando con más graves tiernos sones,
Van volando con más lentas tristes alas.

Y los versos gradualmente, sin notarse,
Van haciéndose más duros y más flojos.
Con los áureos ya no es fácil encontrarse
Y prodíganse los grises y los rojos.

Va cambiando la impresión. Las Islas mágicas
Ya su fronda van tornando amarillenta;
Y se siente en inflamadas tardes trágicas
Algo así como un augurio de tormenta.

Bajo cielos autumnales de oro y bruma,
Pasa Vénus ó Lucette callada y leve,
Y al vibrar un eco lánguido se esfuma
Entre nimbos color sangre y color nieve.

El buen Príncipe vacila. En sus cabellos
Pone el aire como un grito de blasfemia;
Y florecen del ocaso á los destellos
Rosas verdes, verdes rosas de Bohemia.

Sombras pálidas de lívidos matices,
Tristes restos de un fantástico naufragio;
Mariposas deslumbradas de alas grises,
Y en el claro de hosca luna, cruel presagio

Es un *trémolo* angustioso que se pierde,
Murmurando tristemente su querella,
Mientras tiembla sobre el éter lila y verde,
Con siniestro resplandores, negra estrella.

*(... En la antumnal tarde bella*
*La postrera luz se esfuma.*
*Mi triste espíritu abruma*
*No se que ardiente querella.*

*Extraña, enlutada estrella*
*Pica de negro la bruma.*
*Alguien llora con la espuma.*
*¿Ella talvez? ¡Talvez Ella!*

*Mi pecho intranquilo vibra;*
*Late loca cada fibra...*
*¿Qué me exalta? Qué me mueve?*

*¡Oh Ensueño! Deja tus limbos,*
*Y ríe y llora entre nimbos*
*Color sangre y color nieve...)*

¿Qué demonio al dulce Bardo ha poseído,
Contagiándole sus fúnebres pesares?
Sus visiones dan pavor desconocido,
Dan pavor desconocido sus cantares.

Es que el tiempo de los cándidos amores
Va pasando con su júbilo risueño;
Y sus ojos ven espinas en las flores,
Y su carne siente frío en el ensueño.

Es que el sol de las primeras alegrías
Va cayendo con sus fuegos de bonanza;
Y hacia el parque de sus Islas ya sombrías
La gran noche del Dolor avanza, avanza...

IX

Y Lucette, como en su sueño, transportada,
Sigue, sigue su lectura sin quebranto,
Y su boca vibra cálida afiebrada
Y en sus ojos hay aljófares de llanto.

Y su espíritu en los trágicos jardines
Tiembla, tiembla bajo pánicos eternos...
Mas, por qué lloran tan tiernos los violines,
Los violines por qué lloran, ¡oh! tan tiernos?

Y las rimas sin consuelo, hipocondriacas,
Fatalmente, como ráfagas etéreas,
Cada vez se van haciendo más opacas,
Cada vez se van haciendo más funéreas.

¡Oh, las Islas, cuán diversas, cuán aciagas!...
Sombras vagas, violáceas ó amarillas;
Flores cárdenas que se abren como llagas;
Terrorífica impresión de pesadillas.

El buen Príncipe, cual presa de un conjuro,
Va lloroso bajo un cielo que no alegra:
Su jubón es más severo, más obscuro,
Y en su yelmo hay una cruel cimera negra.

A sus pasos, en siniestros raudos vuelos,
Cruzan buhos de ojos vítrios y ala exahusta.
E implacable y funeral desde los cielos
Le persigue sin cesar su estrella infausta.

Su adorada es como un sueño tornadizo
Que al asirlo se evapora ó se demuda;
Una cruel hada de amor que con su hechizo
Le ha embriagado de inquietud y amarga duda.

Y él se acerca á los rosales florecidos
Por buscar algún efluvio bonancible.
«¡Imposible!» grita el viento á sus oídos,
Y responden los rosales: «imposible!»

¡Adios gloria! adios amor! adios grandeza!...
El no anhela ya la vida ni la suerte.
Su semblante está verdeado de tristeza,
Su alma pálida está triste hasta la muerte!

*(...¡Noche aciaga! Calma inerte!*
*Ni un rastro de luz fulgura.*
*Mi pobre alma sin ventura*
*Está triste hasta la muerte!*

*Tansolo mi angustia advierte,*
*Tansolo oye mi amargura*
*Las muecas de la Locura*
*O las risas de la Suerte!...*

*Prestadme vuestro subsidio,*
*¡Oh buen Príncipe Suicidio!*
*Encuentre el consuelo en vos.*

*¡Doblad, ho roncas campanas...*
*¡Adios ilusiones vanas!*
*Mi amor, mi Quimera, adios!.. )*

¡Oh la Ruta del Dolor! Cual negras fauces,
A sus piés hórrido abismo se dibuja;
Sobre su alma lloran trémulos los sauces,
Y hay un vértigo maldito que lo empuja.

¡Cirios fúnebres! plegarias! exorcismo!...
¡Llantos, llantos por el Bardo sin ventura!
Que ya cae, ya desmaya en el abismo
Del Dolor, el Desencanto y la Locura!...

Pero un grito llena el lóbrego aposento:
«¡Oh Dios mágico, redímelo, redime!...»
Y Lucette, sobre aquel libro de tormento,
En las manos el semblante, gime, gime...

«¡Vive ya, vive por mí: yo soy la Vida!
¡Yo te amo! yo te amo! yo te amo!...»
Mas sus fuerzas desfallecen y rendida
Cae inerte sin socorro, sin reclamo...

¡Pobre lirio abandonado en los confines!
Ojos que hablan! tiernas lágrimas que imploran!
¡Cómo lloran en las salas los violines,
Los nostálgicos violines, cómo lloran!...

---

X

Ante el sol que juguetea en la ventana
De su cándido *boudoire* color celeste
Lucette yace sobre mórbida otomana
En clorótica actitud y blanca veste.

A su lado sobre trípode chinesco,
En prolijo vaso antiguo de alabastro,
Un precioso lis de escudo blanco y fresco
Se sonríe, vacilando como un astro.

Ella pálida, verdeada por la fiebre,
Muestra lívida, sin luz su faz inquieta,
Y sus ojos, por que el sol no los celebre,
Se han hundido en sus ojeras de violeta.

¡Cuántas horas de mortal desasosiego
No pasara en su retrete ya sombrío,
Bajo el mágico tropel de alas de fuego
De fatídico angustioso desvarío!

Las visiones del volumen misterioso,
Desprendiéndose sin ruído de sus hojas,
Han venido hasta su lecho candoroso,
Como espíritus de dichas y congojas.

Y en lucífero temblor de plata pálida
En galante joven Príncipe ha venido;
Y su fúnebre mirada negra y cálida
Ella en su alma, como un ósculo, ha sentido.

Y ha mirado fijamente, fijamente
El dolor de su neurótico semblante,
Su cerúleo rico traje refulgente,
Su funérea cabellera deslumbrante.

Y á travez de su simbólica coraza,
Temblorosa de emoción, ha vislumbrado,
Rutilante, dolorosa viva brasa,
Su sangriento corazón apuñaleado.

Y ella entonce ha comprendido con sorpresa
Que aquel Príncipe de amor y de infortunio
Es el mismo que evocara su tristeza
En su ensueño del jardín al plenilunio.

Aquella es su cabellera azabachina,
Aquel es su ideal jubón azul-intenso,
Y es aquella su mirada que facina
Y es aquel su singular zafiro inmenso.

«El, es él...» Y temblorosa de ternura
Se ha gozado en aturdirse, en embriagarse.
Y ha sentido ansia infernal, en su locura,
De besar, de acariciar, de abandonarse...

¡Ay! Aquello ha sido un sueño endemoniado,
Una ardiente, delirante sacudida:
El momento en que á su sér le fuera dado
Percibir como mayor ímpetu la vida!

---

## XI

Sólo ahora ante la fúlgida ventana
De su mágico *boudoire* azul-celeste
Yace queda, más calmada su alma insana,
En clorótica actitud y blanca veste...

Es ya tarde y aún su hermano no se ha vuelto
¿Qué habrá sido de aquel lance de demencia?
Y palpita de inquietud su seno esbelto,
Esparando con vivísima impaciencia.

¿Quién al fin habrá obtenido la victoria?
¿Quién seria de desear que la obtuviera?
Y en tal duda su alma trémula ilusoria,
Asorada de temor, espera, espera...

Mas el día ya cayendo va á su ocaso
Con temblores de avanicos orientales
E incendiando de oro cárdeno á su paso
El *glacier* versicolor de los cristales.

Y al fin ella siente nítida, precisa,
En el patio la voz ronca de su hermano,
Y llegándose á la puerta lo divisa
Cuando él entra á un aposento allí cercano.

Una lluvia de vapor ó de agua yerta
Con más recias sensaciones no le alcanza,
Y entreabriendo con gran ímpetu la puerta,
Sin pensar lo que va hacer, tras él se lanza.

Y penetra hasta el magnífico aposento
Donde, en medio la familia que repara,
El se espresa con airado grave acento,
Cual si un trágico suceso relatara.

Y avanzando con nervioso rapto incierto,
Demudada, temblorosa, inexorable:
«Tú le has muerto, grita loca; tú le has muerto
¡Miserable! miserable! miserable!...»

Y ante el grito de sorpresa que se exhala
A una voz de la familia que se asombra,
Sale rápida y gloriosa de la sala
Y se pierde en su *boudoire* como una sombra.

Solamente que su furia aquí no queda.
Y cubriendo su alba sien y fino talle
Con precioso velo cándido de seda,
Sin medir lo que va hacer, sale á la calle.

Y radiante sobre el trípode chinesco,
En su vaso de genial cinceladura,
El temprano lis de escudo blanco y fresco
Se estremece de sorpresa—y de amargura!

## XII

Lucette férvida camina desalada,
Del portal de su palacio ya distante,
Encendida en luz siniestra la mirada,
Sin volver, en sus temores, el semblante.

¿Donde va?... Los transeúntes que la miran,
Al toparla toda pálida y confusa,
De su ruta compasivos se retiran,
Calculando que se trata de una ilusa.

Y ella erguida sin mirar, sin hacer caso,
Con su blanco peinador y su albo velo,
Sigue, sigue en el delirio de su paso,
Como un ave en el delirio de su vuelo.

No hay barrera que se imponga, no hay obstáculo
Ante el fuego de su insano devaneo:
La sostiene el poderoso triple báculo.
Del Amor, de la Locura y del Deseo!

Ella ha visto en el maldito pliego roto,
Que en su noche de inquietud le dió la clave,
Que el encuentro se daría en un ignoto
Viejo parque cuyas señas ella sabe.

Y allá va, de su ansiedad en el suplicio,
Donde debe estar su amante moribundo,
A endulzar su generoso sacrificio
Con la copa de su loco amor profundo.

Allá va contra las sombras ascendentes,
Que la envuelven en sus hondos vagos piélagos;
Contra el sórdido barullo de las gentes;
Contra el vuelo de los fúnebres murciélagos.

Allá va contra el reflejo vespertino,
Que ensangrienta su gentil melena de oro;
Contra la ancha acera cruel de su camino;
Contra el grito del Pudor; contra el decoro...

Y destila por sombrías callejuelas
Entre eternos murallones agrietados;
Y huyen raudas á su lado tendezuelas,
Casas míseras y obscuros arbolados.

Y se interna más y más por las callejas
Que la cercan de pavor como un encierro,
Hasta que hállase de pronto ante unas rejas
En que alternan negra yedra y verde hierro...

## XIII

Ha llegado. Y sin tardar rápida avanza,
En su velo de alba seda medio envuelta,
Por un rojo senderillo que allí alcanza,
Temblorosa de emoción, pero resuelta.

Ya el crepúsculo en la atmósfera se pierde
Entre nimbos de vapor amarillentos;
Y en el golfo occidental de un tierno verde
Flotan nubes como látigos sangrientos.

En el parque silencioso, inescrutable
La tiniebla se va alzando de los folias;
Y parece que un crespón imponderable
Envolviera el negro airón de las magnolias.

A la margen de la trágica laguna,
Sublevados los panzudos renacuajos,
Bajo el vuelo de los cisnes de ala bruna,
Bordonean sus grotescos contrabajos.

En el aire, como espíritus nocturnos,
Cruzan tétricos murciélagos veloces
Y á travez de los verdores taciturnos
De los grillos se alzan gárrulas las vocês ..

Y Lucette por los senderos solitarios
Vaga trémula, indecisa, silenciosa,
Como un ánima de cuentos funerarios,
Asustando la sutil sombra verdosa....

Honda calma terrorífica, qué espanta,
Sobre el negro magnoliar cierne su estigma.
Y ella escucha sólo el golpe de su planta,
Cual sutil ruído de enigma en el enigma.

¡Cómo late su pobre alma sin consuelo
En la férvida pasión que le obsesiona!
Toda el ansia, todo el fuego de su anhelo
Le opreciona, como un crímen, le opreciona!

Ora avanza, ora vacila y se contrista
Ostigada por furtivo miedo oculto;
Cuando llena de estupor súbito avista,
Acercándose en la sombra, negro bulto.

Un mancebo melancólico y escuálido,
De melena funeral y viejo traje,
Que levanta con pesar un brazo inválido
Medio atado por un mísero vendaje.

Esos ojos sin calor de vago giro,
Esa lánguida actitud de extraño gremio...
Sí, no hay duda: ese es el Príncipe Zafiro,
Disfrazado por la Suerte de bohemio.

Y en efecto Raul es que en vieja banca
Reposaba, tras el duelo, en sus congojas,
Cuando ha visto la inefable visión blanca,
Divagando sin rumor entre las hojas.

Y creyéndola la imagen de su ensueño
Olvidando su lesión, en su premura,
Se ha elevado todo trémulo, risueño;
Sostenido por la fiebre y la locura...

## XIV

¡Oh sorpresa! oh esperanza! oh alegría!
El buen príncipe está salvo, salvo y fuerte...
No es aún vuestra victoria, Noche fría!
No es aún vuestra victoria, fría Muerte!

Y Lucette llena de gozo, desbordante,
Contemplando al Adorado allí presente,
Siente, en medio de su júbilo, no obstante
Algo así como un pavor estremecente.

Mas notando de Raul la faz verdeada,
No resiste y en su ardiente anhelo insierto:
«¡Oh buen Príncipe! le dice enagenada;
Aquí vengo á consolarte en tu Desierto!»

El parándose la mira de hito en hito,
Resistiendo la ansiedad que le acomete,
Figurándose, en su vértigo infinito,
De halagüeña pesadilla ser juguete.

«¡No es posible!... La adorable Duquesita
Ofreciéndose en su triste nido impuro!...
No es posible!» Y se revuelve en su honda cuita»
Como pájaro clavado contra un muro.

Pero luego convenciéndose, en su duda,
Que es aquello, si inaudito, una evidencia
Siente en su alma trastornada ciega y muda
Como un vago despertar de la conciencia.

¡Inefable seducción!... Y ya de hinojos
Cae férvido á los piés de la Hermosura,
Cuando vuelve ¡por su mal! los tristes ojos
Sobre el mundo de su ensueño—y su locura.

Y divisa á su Ilusión como un capullo
De gloriosa carne azul que aperas arde.
Y mirando hacia Lucette lleno de orgullo:
«Nó, responde rechazándola; ya es tarde!»

«¡Justo cielo!... Rechazada, desoída!»
Y ella, muda de estupor y de recelo,
Retrocede con afán, sobrecogida,
En un rapto de supremo desconsuelo.

Pero al punto un pensamiento la reaviva:
«El despecho, ya comprende, el sentimiento...»
Y de nuevo fervorosa compasiva,
Adelanta con ardiente, suave intento.

«Ven á mí... Yo te idolatro con delirio...
Y aquí tienes, como fe de mi promesa,
De mi espíritu de niña el blanco lirio
Y la rosa de mi carne de princesa...»

Y él replica: «No perturbes más mi calma.
Ya esa flores no me atraen, niña bella,
Que yo llevo otra más bella dentro el alma
Que ilusoria vive en mí—como yo en ella...»

Ella insiste... La dulzura de su ruego
Vibra así como un arrullo de paloma,
En sus ojos hay un vórtice de fuego
Y sus labios enagenan con su aroma.

«Ven á mí...» Y adelantando sin conciencia,
Sobre el cuello de Raul loca se enlaza;
Y él perdido en sus ideas de demencia,
Torpe, bárbaro, alienado, la rechaza!

¡Ay, entonces!... Ella rauda como el rayo,
Ante el grito de las rosas y jazmines,
Cae herida por mortífero desmayo,
Bajo llantos de quiméricos violines.

Mientras él se aleja lento, la faz quieta,
La mirada pusilánime, indecisa,
Destacando, negra y alta, su silueta
Sobre el fondo del ocaso—que agoniza!

FIN

# ÍNDICE

Este Libro

se acabó de imprimir en Santiago de Chile,

en la

«Librería é Imprenta del Progreso»

el 1.º de Diciembre de 1902.

